

Bloc de notas

La familia es lo primero

Nigel Nicolson aireó en 'Retrato de un matrimonio' el amor lésbico de su madre, la escritora Vita Sackville-West

LUIS M. ALONSO

Cuando Nigel Nicolson, editor de prestigio y biógrafo notable, miembro del Parlamento británico en la década de los cincuenta, noble de alcurnia, tímido patológico y excéntrico, murió en 2004 en la mansión familiar del castillo de Sissinghurst, al sur de Londres, fue recordado especialmente por dos libros escandalosos: la polémica primera edición británica de *Lolita*, de Nabokov, que publicó junto con su socio George Weindenfeld y, sobre todo, el retrato sobre la vida conyugal de sus padres el diplomático y escritor homosexual Harold Nicolson y la escritora y jardinera lesbiana Vita Sackville-West, amante desde joven de Violet Trefusis y, posteriormente, de Virginia Woolf, a la que inspiró para su novela *Orlando*.

Como él mismo se justifica en el prólogo de *Portrait of a marriage* (*Retrato de un matrimonio*), que ahora edita Lumen, se trata de una historia del triunfo del amor sobre la pasión ciega, pero el libro fue saludado cuando se publicó por primera vez, tras la muerte de sus progenitores, como una traición hacia ellos. Nicolson halló en una maleta los diarios de su madre y después de diez años de pensárselo decidió utilizarlos como material para escribir la historia de una pareja de la primera mitad del siglo XX tan poco convencional como ejemplar al explicar las contradicciones de una sociedad todavía lastrada por la época victoriana. El hijo recalca, como corroboran los propios diarios y la correspondencia entre su padre y su madre que vio la luz posteriormente, que lo que se cuenta en *Retrato de un matrimonio* es una historia de amor, pero no del amor entre Vita Sackville-West y la también escritora Violet Trefusis, sino de la primera con aquel sujeto tierno y promiscuo que era su progenitor. "La aventura de mi madre con Violet duró apenas tres años, entre 1918 y 1920, mientras que su matrimonio duró casi cincuenta. La aventura puso a prueba su matrimonio y, al escribir sobre ella cuando sólo tenía veintiocho años, Vita estaba celebrando el triunfo de que su matrimonio hubiera superado la prueba".

El libro, que contiene una descripción franca de las infidelidades de sus padres y de las relaciones homosexuales, causó furor cuando se publicó en 1973, y al autor se le acusó no sólo de traicionar a su familia, sino también a su clase. Las escritoras Rebecca West, autora de *Cordero negro, halcón gris*, la mejor crónica de viajes que se ha escrito sobre los Balcanes, dijo que el manuscrito debería haber sido devuelto a la maleta y un crítico norteamericano escribió que lo único que Nicolson pretendió con él era salvar cuentas con su madre a la que odiaba. Él nunca aludió a un resentimiento tan fuerte pero no le faltaban razones.

Hermano mayor del historiador de arte Ben Nicolson, Nigel nació en Londres el 19 de enero de 1917. Cuando tenía tres años, la familia se mudó a Long Barn, una destartada casa de campo del siglo XV cerca de Knole, la finca materna de Kent. En 1932, se trasladó a vivir a Sissinghurst, donde el castillo, la casa y sus jardines se convirtieron en empresa familiar hasta su muerte. En los últimos días tenía realquilada parte de las habitaciones para ayudar a mantener el resto y se asomaba a la ventana de su estudio para invitar a los turistas americanos que visitaban el castillo a tomar el té.

Ni Harold Nicolson ni Vita Sackville-West, descendiente de una bailarina española por la que sintió auténtica fascinación, entendieron a sus hijos, a pesar de que el primero fue un pa-



Nigel Nicolson.



Retrato de un matrimonio

NIGEL NICOLSON

Lumen, 2011
327 páginas
22 euros

dre atento a las normas de la época. La madre emocionalmente distante no tenía tiempo para los niños pequeños, incluso se negaba a estar sola en la misma habitación que su hijo Ben. Como resultado, los niños pasaron la mayor parte de sus primeros años en compañía de niñas y institutrices. Nigel Nicolson atribuyó su timidez y la incapacidad para mantener una relación cercana a la frialdad de su madre hacia él.

Si la convivencia familiar era escasa no así las relaciones sociales que se vio obligado a mantener desde pequeño. Su primera toma de contacto con el Círculo de Bloomsbury, al que pertenecía su madre, fue siendo un niño. Lo sentaron a una mesa, compartida por catorce personas, frente a la aristócrata Lady Ottoline Morrell, mecenas y anfitriona de artistas e intelectuales. Horrorizado por la visión de aquella vieja dama algo momificada, le preguntó a su madre en un susurro si la señora no era una bruja. "Por supuesto que es una bruja", respondió el crítico de arte Clive Bell ante el asombro del mortificado joven Nicolson. "Siempre hemos sabido que lo era, pero nadie se había atrevido a decirlo hasta ahora", subrayó. A los 11 años, acompañaba a Virginia Woolf en sus expediciones a cazar mariposas, mientras ella escribía *Orlando*, la fantasía sobre su madre. Más tarde colaboraría en la publicación de su copiosa correspondencia.

Nicolson, sabio y bondadoso, acabó escribiendo una columna para *The Spectator*, cercado por los recuerdos y la amargura de pensar que alguien se quisiera creyendo que había traicionado la intimidad de sus padres. Quienes lean *Retrato de un matrimonio* se darán cuenta enseguida de que el autor no es culpable.

TINTA FRESCA

TINO PERTIERRA



007 vidas

Viajar deprisa significaba viajar siempre solo.

Cuando se trata de continuar las aventuras de James Bond, el espía de las 007 vidas, los herederos de Ian Fleming se toman muy a pecho la elección del nuevo autor. Nada de escritores de la fila de los mancos para sustituir al fallecido padre de Bond. Buscan y rebuscan hasta dar con un autor que aporte su propio estilo y no se limite a copiar sin recato. Los nombres de Kingsley Amis, John Gardner y Sebastian Faulks avalan esa preocupación por dignificar la franquicia, hasta el punto de que, literariamente, cualquiera de los citados supera a Fleming, que no es que se preocupara mucho por el estilo en sus divertidísimas novelas. Ahora le toca el turno a Jeffery Deaver, no muy conocido en España pero con una amplia carrera como tejejalabras de suspense, y admirador confeso de Fleming. Si Faulks optó en la anterior entrega por convertir la acción en un ejercicio de concienzudo estilo, solemne y amargo, Deaver se vuelca en *Carta blanca* (Umbriel) en montar un sólido y sinuoso entramado de misterio salpicado por estallidos de adrenalina. En esta ocasión, Bond ya no está en la nómina de los servicios de inteligencia habituales y trabaja para un organismo nuevo y enigmático: más secreto que nunca. Y por eso, cuando tiene que enfrentarse a una amenaza letal que puede causar miles de muertos y un daño irreparable al Reino Unido, Bond tiene carta blanca para hacer lo que quiera para salir victorioso. Licencia para matar y licencia para lo que sea. Bond más desbocado que nunca.

Hay en *Carta blanca* referencias constantes a las señas de identidad clásicas de Mister Bond (propias y ajenas, tecnológicas y humanas, amorosas y humorísticas) pero Deaver le da un barniz muy moderno y contundente en el que 007 reflexiona sobre su propio oficio y en ocasiones sigue la estela de Sherlock Holmes a la hora de sustituir la pistola por las neuronas deductivas. Y es que este Bond está metido en un lío donde las sorpresas se suceden en agitado cóctel que pone en alerta los sentidos y obliga al lector a no perder detalle alguno para que todas las piezas encajen. Con un pellizco final que parece un homenaje a *El hombre que mató a Liberty Valance*, sin hacerle ascos a citar poemas, bien dialogada y narrada con pulso firme, *Carta blanca* rejuvenece a Bond y le pone pilas de larga duración.



Carta blanca

JEFFERY DEAVER
Umbrel Ediciones